

Prólogo.

Avilés en 59 lecciones de periodismo

GONZALO PEÓN
Director de *La Nueva España*

Juan Carlos De la Madrid no estudió periodismo. Tampoco trabajó nunca en un periódico. Al menos de forma regular. Durante toda su vida adulta estuvo en los alrededores de los medios de comunicación, pero el oficio con el que se ganó la vida siempre fue otro. La mayoría de sus escritos versan sobre hechos sucedidos hace décadas. A pesar de eso no tengo ninguna duda de que nos encontramos ante uno de los más grandes periodistas que ha dado Avilés en las últimas décadas.

Aunque esta esencia periodística de Juan Carlos De la Madrid es algo que ustedes ya sabrán —o al menos habrían intuido— si siguen los artículos que publica en *La Nueva España* desde hace años. Si no es el caso, podrán descubrirlo cuando se adentren en las páginas de *Noticias de la historia. Colección de artículos sobre la historia de Avilés entre los siglos XIX y XXI*. Y ya les advierto, si son de Avilés y sienten Avilés como sentimos nuestra ciudad quienes crecimos en ella, empezarán a leer las 59 historias recogidas en este libro y no podrán parar hasta terminarlas todas.

Pero volvamos a la profesión periodística de Juan Carlos De la Madrid. Un periodista se dedica a escribir en los diarios lo que ocurre a su alrededor, a desmenuzar lo que ha pasado para explicar lo que acaba de suceder o, aún más importante, lo que está por venir. Quien hace esas cosas, con título o sin él, con una relación laboral con un periódico, o simplemente como una pasión, como una forma de vivir, es un periodista. Sin duda.

Si además escribes con un estilo ameno, aparentemente sencillo pero muy cuidado, capaz de llegar a todos los públicos sin por ello dejar de interesar y emocionar a los más cultivados, entonces ya estamos ante un periodista de los buenos.

Les invito a leer a Juan Carlos De la Madrid con detenimiento. Sus *Noticias de la historia* no se limitan a contar hechos más o menos interesantes ocurridos en Avilés durante los últimos 200 años. Sus historias en unas ocasiones nacen en el presente para luego contarnos como era el pasado. En otras, es al revés. Y, siempre, las explica de tal forma que da pie a reflexionar sobre la actualidad a partir de lo sucedido con nuestros antepasados.

Es decir, sus escritos no son meras lecciones de historia. Juan Carlos De la Madrid no nos engaña cuando titula su libro *Noticias de la historia* ni cuando puso en marcha sus series de artículos en *La Nueva España* «Las noticias de la historia» o

«Noticias que hacen historia». Porque lo que nos ofrecen no son meros relatos de épocas pasadas. Son auténticas crónicas periodísticas que pretenden hacernos reflexionar tanto sobre nuestro pasado como por nuestro presente y futuro.

Además, todo ello lo hace destilando un fino humor que yo calificaría claramente de «avilesino», que nunca aparece en la superficie de sus escritos, pero que siempre está ahí, alegrándonos la lectura, para hacernos sonreír con las ridículas disputas que en ocasiones dividían a los avilesinos sin por ello dejar de sobrecogernos con las muchas tragedias ocurridas en nuestra ciudad en estos siglos.

Abran el libro por cualquier página y verán ejemplos de lo que les digo. Yo les pondré un par de ellos. Lean los dos capítulos dedicados a las campanas del convento de San Francisco y cómo toda la ciudad se volcó en intentar que las monjas clarisas no se las llevasen para Oviedo. Un esfuerzo en vano, pero también un ejemplo de una localidad unida, aunque fuese en un objetivo que visto desde hoy pueda pensarse que era poco más que anecdótico. Pero detrás de la lucha por las campanas estaban todos, desde el último mono de la villa hasta el alcalde, que se puso de parte de la ciudad, aunque eso le acabase costando la enemistad del todopoderoso Gobernador. La enemistad y una multa de mil reales que no debían ser poca cosa en aquel 1847. Es imposible leer esta «noticia de la historia» sin pensar en cuantos alcaldes de nuestra época serían capaces de hacer algo semejante, y no por unas campanas sino incluso por algo verdaderamente vital para la localidad.

Tampoco deberían perderse los tres capítulos dedicados al nacimiento y auge de la Comida en la calle. Para los que ya tenemos cierta edad, la Comida en la calle no deja de ser un invento moderno, una novedad. Pero ya pasó los treinta años de vida, tres décadas de una muy exitosa existencia. Es decir, es actualidad, pero también historia.

En estos capítulos Juan Carlos De la Madrid se vio obligado a enfrentarse a una dificultad añadida ya que, además de hacer de periodista y de historiador, es uno de sus protagonistas. Ya les anticipo que sale triunfador de esta triple y extraordinariamente difícil pirueta. Si ya es complicado analizar unos hechos con ecuanimidad con ojos de historiador o de periodista, imagínense tener que hacerlo cuando debes escribir de algo que pusiste tú en marcha. Y es que Juan Carlos De la Madrid es uno de las personas que idearon la fiesta y la organizaron contra viento y marea, cuando pocos creían en ella.

Por cierto, entre quienes no entendían el nuevo «invento» estaba quien les escribe este prólogo. Pues De la Madrid consigue contar la historia de estos años sin ponerse ninguna medalla y sin meternos el dedo en el ojo a quienes, bastante despiadados, desconfiábamos de la Comida en la calle. Y lo hace trazando un discreto paralelismo con el origen de la Fiesta del Bollo, que nació para unir a los avilesinos a partir de un mantecado y que en los años noventa, en un momento de una fuerte división en la ciudad, los volvió a cohesionar a través de una comida en la calle.

Tras la lectura de estas 59 noticias de la historia no queda ninguna duda de que nos encontramos ante uno de los grandes cronistas de Avilés de las últimas décadas. No se las pierdan.

Introducción

La volatilidad de la prensa, en papel o en terabytes, me ha llevado a redactar el presente volumen. Una compilación de artículos aparecidos en *La Nueva España* que, ahora y para siempre, estarán al alcance de cualquier lector interesado por rescatarlos o conocerlos. Jamás imaginé que un día fueran libro. Sus capítulos no se pensaron para ser familia. Nacieron como artículos periodísticos, siempre de naturaleza efímera, dispersos en el espacio del periódico y en el tiempo de varias décadas. Cierto es que he publicado un par de libros que reúnen artículos escritos previamente en prensa (*Paralelo 38* e *Historia del Teatro Palacio Valdés*), pero en esos casos el proceso fue inverso: se escribieron juntos, eran libro antes que artículo. Más tarde el texto se partió y repartió, dándole la forma periodística y el ritmo del artículo para aparecer en el periódico de los domingos. Aquí sucede lo contrario. Este, por tanto, es mi primer libro recopilatorio de artículos periodísticos.

Los textos aquí reunidos tuvieron la independencia y la oportunidad del momento en que fueron escritos, pero, leídos juntos, dejan poso de unidad, se nota su argamasa. Es marca de nacimiento, pues la gran mayoría proceden de una serie veterana, *Noticias de la historia*, que he ido publicando a lo largo de los años en varias entregas. Eso le ha dado al libro la coherencia de la serie y su mismo propósito: están elaborados a partir de sucesos, acontecimientos o informaciones varias, que un día, en algunos casos remoto, fueron noticia y, como noticia, con sus sesgos e imprecisiones, fueron recuperados y reelaborados. A veces se trata de una noticia mayor, otras un suelto sin importancia en su momento que ahora, rescatado de algún sumidero del tiempo, alcanza otro significado, otro interés; otra verdad.

El relato de cada artículo nació a partir de un episodio más o menos relevante, pero la narración va mucho más allá de la partida para llegar al retrato histórico de la sociedad del momento en asuntos que trascienden con mucho al origen del texto. Son artículos de historia, quieren divulgarla, pero también llegar al fondo de la cuestión. Nunca anécdotas, sucedidos o esos recursos inanes en los que se zambullen los buceadores de los mares localistas. El punto de mira siempre se coloca por elevación, procurando rescatar el acontecimiento, pero, con él, enseñar mucho más de la época, de las personas y sus circunstancias. El lector se sienta en Avilés para contemplar el mundo.

Vistos así, todos los textos juntos componen un libro de historia. Para lograrlo, además de reunirlos, lo que es bastante novedad, les he dado un orden cronológico.

No es el orden de su publicación, que ése nada aporta al contenido, sino el orden que nunca tuvieron: el de los hechos narrados. A partir de ahí los asuntos, muy diferentes, van tomando la forma de los años y van marcando el ritmo de los tiempos. Son una pequeña historia contemporánea de Avilés, entre los siglos XIX y XXI, hecha a base de coser retazos que, en muchos casos, no habían pasado a los libros. Al darle los últimos hilvanes he rematado el traje con una visión nueva, nunca antes ofrecida, de la historia de esta ciudad. Acontecimientos diversos tienen así la misma jerarquía y ayudan a componer el rompecabezas de la sociedad avilesina de estos tres siglos. Una sola crónica compuesta por otras más pequeñas, nacidas en su momento como hijas únicas.

Desfila por estas páginas una colección de sucedidos y protagonistas, avilesinos y foráneos, en singular parada desde el índice de este libro. Reyes, príncipes y dictadores. Marqueses y pobres de solemnidad. El primer bañista y el primer ciclista. Futbolistas y boxeadores. Sucesos violentos y éxitos empresariales. Miserias de la política y fiestas esplendorosas. Músicos, fenómenos y cupletistas. Curas y periodistas. Entrantes, cesantes y emigrantes. Motines, naufragios y atentados. Médicos, sangre y tifus. Misas, campanas, musas y misterios. Petardos y mosquetes. Agua dulce y agua salada. Sidrerías y economatos. Revoluciones, guerras de medios y de trincheras. Campos de concentración y bailes de sociedad. Blusas, levitas y uniformes. Palacios y chabolas. Cines, museos y televisores. Diligencias, ferrocarriles y submarinos. La primera ópera y la última chimenea.

Junto a todo ello he incluido un capítulo breve de fuentes puesto que, aunque este no es un libro de historia al uso, lleno de referencias y aparato crítico, sus textos no han surgido de la nada. Se han ido creando por decantación de las investigaciones y de mis propios escritos sobre esta ciudad durante muchos años. Las noticias recogidas, las conclusiones y los textos que con ellas se elaboran, venían cosidos también en viejas carpetas de archivo, en tantos legajos consultados, en los cientos de artículos y libros históricos leídos, en los viajes por páginas web, en las colecciones de fotos de instituciones o de particulares, como la de Claudio López Arias, cuya memoria nunca será suficientemente honrada, o en las imágenes y documentos encontrados por casualidad, a veces en la basura.

Ahí está el fondo del libro, pero su forma es otra cosa. Un volumen de historia cuyos capítulos fueron escritos para ser publicados por entregas en las páginas de un periódico. Teñido, por necesidad y por vocación, de las herramientas del lenguaje vivaz de los medios. En busca de las herramientas del viejo periodismo, el del gusto por el verbo adecuado y el adjetivo útil. Sin renunciar a las frases cortas, a las tres «ces» de la claridad, corrección y concisión y también a alguna licencia literaria de cosecha propia, de esas a las que aludía Ernesto Sábato al decir: «el estilo es el hombre». Conviven, en sólida aleación, con el rigor histórico que no dejará de encontrarse jamás en todos los textos.

Se han rescatado también las imágenes originales con las que fueron publicados estos artículos. Casi todas son infografías compuestas para la ocasión. Eran un

añadido, una propina al texto, pues sólo letras me había pedido el periódico, pero sumaron en algunos casos información y, en la mayoría, interpretación. Una aportación más. Un reclamo certero para el lector que contó para su ejecución con la mano diestra de Miguel De la Madrid, en los artículos más antiguos, y de Nicolás De la Madrid, en los más modernos. Siempre estaré en deuda con ellos por regalarme su esfuerzo, distraendo horas de estudio y de trabajo para hermosear estos textos, cubriendo, con gracia y destreza, las carencias *photoshooperas* de su padre.

La publicación de este libro es también un gesto heroico, por ello debo gratitud a sus editores: la Sociedad Económica de Amigos del País de Avilés y Comarca. Digo esto porque en nuestra ciudad no existen editoriales profesionales, con plantilla y colecciones especializadas; de esas que se ajustan a un catálogo con unos objetivos, culturales y empresariales, independientes. En este momento es muy difícil publicar en Avilés libros sobre historia de Avilés. A libros libres, me refiero. La mayor parte de lo publicado son textos editados por comisionistas, cualquier cosa que obtenga el respaldo económico y se someta al escrutinio de las autoridades. Por esa razón, sin apoyo oficial, es casi imposible publicar un libro como éste. Los repúblicos deciden qué historia se cuenta. Es muy complicado, por tanto, contar otra distinta a su «relato» oficial y presentista. Por fortuna este libro, como todos los míos, es otra historia. Libre, rigurosa y divulgativa. Los únicos textos que, con esas tres condiciones, se han publicado sobre la historia de Avilés en continuidad a lo largo de tantos años. Ése es el valor de los artículos y ése es el valor de este libro compilatorio.

Páginas que son, por último, el producto de mi relación con un periódico como *La Nueva España* que siempre me ha dado libertad de escritura. Sin tasa y sin recomendaciones. Por eso su director, Gonzalo Peón, a quien conozco de toda la vida, ha tenido la amabilidad de ser el prologuista de esta obra. Con él se inició el camino de mi colaboración en el diario. Casi hace tres décadas. Él ha tenido el mérito y la deferencia de abrirme la puerta, por eso abre las páginas de este libro con un prólogo muy generoso. Las cierra, con su epílogo, mi amiga Covadonga Jiménez, actual responsable de la edición de Avilés, que dio papel a mis artículos cuando, en pleno confinamiento por la pandemia del Covid 19, de eso en el periódico había poco. Otros buenos periodistas, responsables de la edición de Avilés a lo largo de estos años, me han hecho hueco también: Ángeles Rivero, de profesión pionera, en puestos y en lugares, siempre al brazo el machete de abrir camino; Vicente Montes, si noticia es aquello que no se debe saber, Vicente lo contará, y Eloy Méndez, precoz todoterreno que sólo entiende la vida escrita negro sobre blanco. Con todos ellos he tenido el privilegio de trabajar, y todos, tras pasar por la edición de Avilés, han llegado a altos destinos.

El resto es cosa suya, estimado lector. Como John Elliot creo que, para escribir buena historia, la teoría es menos importante que la capacidad de introducirse con imaginación en la vida de una sociedad. Aquí le dejo las llaves de esa sociedad pasada, abra usted la puerta.